

EL NUEVO SENTIDO NACIONAL

SAÚL MILLÁN*

Tal vez sea cierto, como quería Octavio Paz, que los mexicanos somos los comensales, los invitados que han llegado tarde a la función de la modernidad. De lo que no cabe duda es que de cuando en cuando tratamos de suprimir esa fatalidad para ingresar en esa zona donde la historia se confunde. En pocas décadas, de hecho, pasamos de un país monolítico en sus discursos y sobrio en sus ceremonias a otro donde el escándalo se ha vuelto nuestra comedia pública. En el centro de este proceso subyace, como un signo indiscutible de nuestra modernidad, la idea de un país menos uniforme, más heterogéneo y menos inteligible. Hace apenas 30 años, cuando la vida nacional se jugaba en términos de sectores amplios y claramente discernibles, el sentido de la nación parecía estar al alcance de las interpretaciones unívocas. El panorama actual, sin embargo, no nos otorga esas facilidades. Al alejarse el '68 y al acercarse la posmodernidad, las posibilidades de un discurso uniforme no sólo han per-

dido auditorio sino también garantía. Lo que antes se conocía como "opinión pública" ha terminado por fragmentarse en una pluralidad de voces que alientan, sin duda, la oferta democrática del país, pero también impiden descifrar un sentido común en medio de esa lluvia tan heterogénea de enunciaciones. Al perderse los antiguos límites del sentido nacional, cada uno de los ámbitos y los sectores liberados adquieren una dinámica propia y un criterio autónomo de validez, lo que ha permitido la insólita aceleración de cada sector en particular, como presagiaba hace décadas Rubert de Ventos.¹ Esta aceleración sectorial, sin embargo, tiene un precio: la desarticulación de la imagen de conjunto que México intentó ofrecer a sus miembros a partir de la Revolución de 1910.

Durante la primera mitad del siglo XX, el país creó en efecto las condiciones para legitimar un discurso uniforme. El hecho de que ese discurso aglutinara a sectores disidentes y a movimientos de oposición no lo hizo nunca menos monolítico: el movimiento del Estado determinaba siempre las coordenadas del debate. Lo característico de nuestra época, por el contrario, es la ausencia de un centro virtual que permita estabilizar un principio, un plan o un cuerpo simbólico integrador de los significados. Hoy en día, en efecto, asistimos a una fragmentación tan inusitada de las opciones que éstas dificultan las posibilidades de la coherencia y del sentido. De hecho, lo que más llama la atención de la nueva vida pública mexicana es la existencia de esa oferta plural, casi desmedida de valores que se ofrecen al alcance de la mano y que cubren por igual el mundo de la

* Investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia - INAH



política y el del espectáculo. A diferencia de otras épocas, el mexicano de hoy en día se encuentra en una posición análoga al de ese cliente de supermercado que vio proliferar las marcas y los productos sin comprender a ciencia cierta su valor diferencial, limitándose a elegir en razón de una preferencia arbitraria.

Inevitablemente, la oferta de discursos postula la existencia de un mercado que convierte al sentido en un objeto de consumo. No es gratuito, así, que los acontecimientos políticos de los últimos años se alejen de los parámetros tradicionales para acercarse a los del drama televisivo. Convertidos en espectáculo, en el escenario de un drama sin dramatismo, los acontecimientos públicos pierden esa carga significativa que en otros tiempos y en otras circunstancias hubieran tenido. La posibilidad de ver al país convertido en una telenovela, con intrigas y personajes que oscilan entre la realidad y la farsa, muestra una recomposición del campo de los significados que no era co-

mún en nuestra historia política. No se trata de que los sucesos sean distintos, sino que el sentido general en que éstos solían enmarcarse se ha focalizado en una esfera y en un nivel que encierra una coherencia extremadamente acotada. Desde la guerra chiapaneca hasta las reformas electorales, pasando por los asesinatos políticos y las intrigas judiciales, los acontecimientos públicos parecen refugiarse en zonas dispares de sentido que no es factible traducir a una lógica o a un modelo general.

Esta parcelación del sentido, si se quiere, ha terminado por abrir el juego de los significados, pero sólo en la medida en que ha logrado desestabilizarlos. Las antiguas identificaciones de los sectores y de los partidos, tradicionalmente anclados en una taxonomía precisa, se han desdibujado con una enorme rapidez y han dado lugar a preferencias mucho más personalizadas y por ende más arbitrarias. De ahí que no sea extraño, hoy en día, encontrar intelectuales de izquierda que voten por el PAN o amas de casa que apoyen el movimiento zapatista. Todo acontece como si las preferencias políticas, exentas de justificaciones mayores, se fragmentaran en unidades mínimas que sólo exhiben un gusto o una inclinación personal.

Reducidas a estas dimensiones, las opciones públicas ingresan al ámbito del consumo y tienden a seguir fielmente su lógica. El consumidor moderno, de hecho, organiza sus estrategias con el principio de que es posible vivir a la carta: consume productos japoneses en Italia, cena *spagetti* en México y descubre artesanías mexicanas en el aeropuerto neoyorkino. Si la tendencia de sus elec-



ciones reproduce un patrón de consumo disperso, hecho de restos y de sobras que provienen de múltiples universos, es porque nada obliga actualmente a ceñirse a una coherencia básica. El único imperativo del gusto moderno es su arbitrariedad, una especie de vacío conceptual que lo libera de la obligación de tener un sentido y lo conecta con los derechos esenciales del individuo. De ahí que el derecho al consumo aparezca en los países industrializados como un movimiento democrático que es equiparable a la libertad de opinión. Lo característico de las sociedades de consumo, en efecto, es la liberación inusitada de las opiniones hacia temas y eventos que no guardan una correspondencia entre ellos. Al igual que el consumidor, el ciudadano que ejerce el derecho a emitir una opinión incursiona en ámbitos que se distribuyen sobre un menú extremadamente amplio, donde sobran las opciones pero falta el factor común que otorgue coherencia a la multiplicidad de las ofertas.

En estas circunstancias, no es sorprendente descubrir los mecanismos que dispersan a la actual opinión pública mexicana. A la luz de una nueva libertad de expresión y de una incipiente apertura democrática, el observador de nuestros días se descubre a sí mismo actuando en una pluralidad de escenarios, increíblemente dispersos, que van desde los diálogos para la paz en Chiapas hasta las insólitas aventuras de pederastas y gobernadores. Al enfrentarse a islotes de sentido que no se distribuyen sobre el mismo cauce, la opinión pública no sólo se ve forzada a disparar en distintas direcciones, sino también a formular juicios que carecen de un código común. La proliferación de eventos, noticias y situaciones termina finalmente por saturar los intentos de una explicación uniforme. En la medida en cada hecho debe ser entendido en una esfera de acción distinta, con causas y efectos distintos, bajo una óptica distinta, nuestro hipotético observador tendrá dos alternativas: admitir su derrota o refugiarse en la libertad que tienen sus opiniones de ser heteróclitas, en un movimiento que lo asemeja al consumidor y reivindica la arbitrariedad de sus elecciones.

Nota

1 Rubert de Ventos, Xavier, "Kant responde a Habermas", en *El viejo topo*, número 64, enero de 1982.